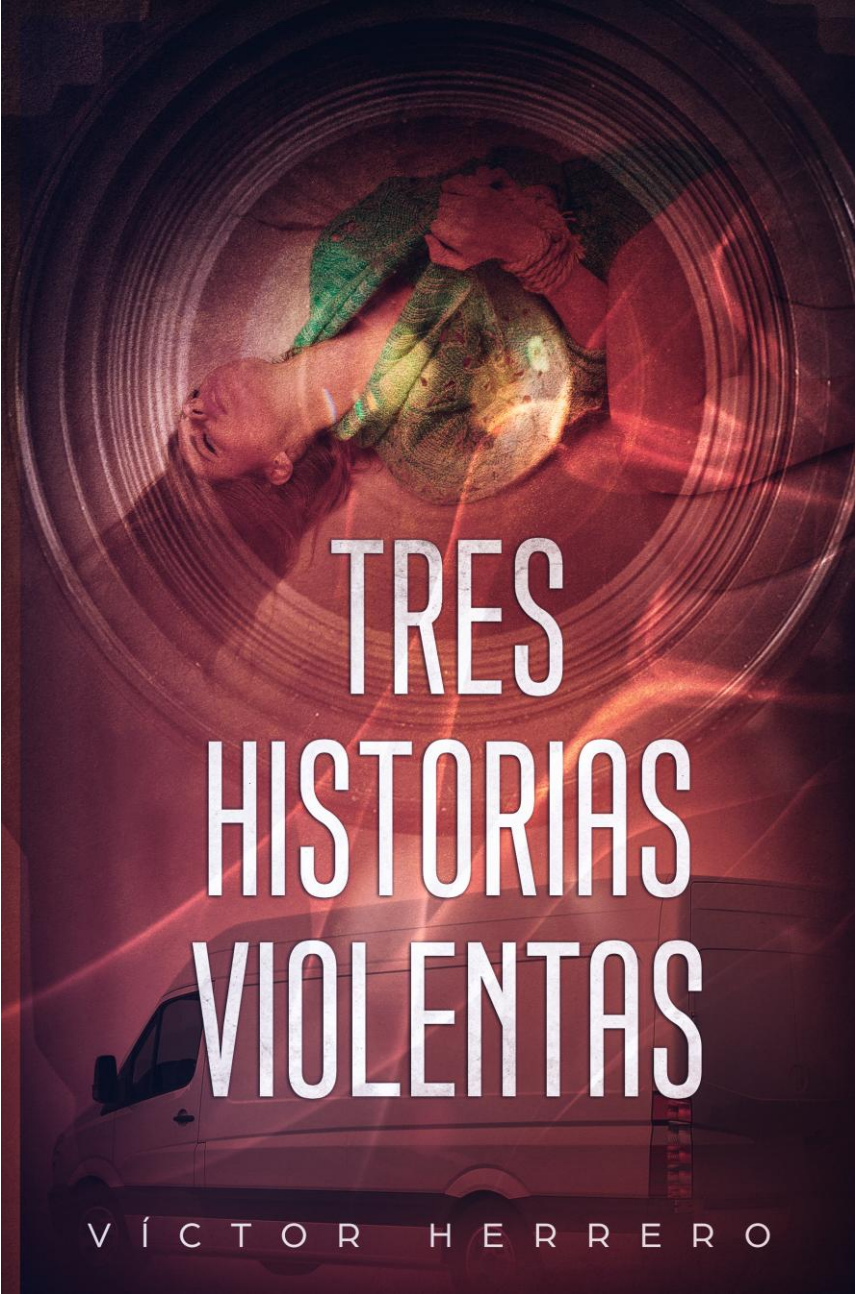




TRES HISTORIAS VIOLENTAS

V Í C T O R H E R R E R O

Tres historias violentas

Víctor Herrero

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

© Víctor Herrero

Tres historias violentas

ASIN: B081HCFP8W

Maquetación: Víctor Herrero

Diseño de portada: rebecacovers (Fiverr)

Editorial: Independently published (13 noviembre 2019)

INDICE

HISTORIA 1

Aquel lugar donde acaba la carretera

HISTORIA 2

La coartada de los cobardes

HISTORIA 3

La respuesta a la crueldad

AGRADECIMIENTOS

SOBRE EL AUTOR

HISTORIA 1

Aquel lugar donde acaba la carretera

El día invitaba a disfrutar del momento, a pesar de que Raúl no tenía muchas ganas de pasarlo bien. Porque él era de esas personas que siempre buscan una excusa para estar de mal humor y porque el plan que había propuesto Nuria, su mujer, no era de lo más apetecible: pasar los dos, junto con su joven hija Belén, un fin de semana en una casita rural de un pueblo perdido de Ávila que lindaba con la Sierra de Gredos. El lugar no podía haber sido elegido con más desatino: una localidad llamada Navasequilla, donde se acababa la carretera y en invierno prácticamente no habitaba nadie ante el miedo a quedar atrapados por las seguras nieves. Aunque ese marzo de 2019 había sido amable con las temperaturas y las previsiones meteorológicas para ese fin de semana no parecían asustar. Situación que no evitaba las continuas quejas de Raúl por tener que desplazarse hasta ese enclave, pudiendo pasar tranquilamente sus días de descanso en casa, bajo el inoperante y efectivo influjo de la televisión, o algo parecido.

Viajaban en el coche de Nuria, un diésel con más de diez años y la potencia justa para no quedarse tirado en las empinadas cuestas. Según se acercaban al destino, el paisaje se iba transformando en un cuadro de montaña, y la naturaleza se disparaba a quemarropa evocando una belleza distinta. El zigzagueo de la estrecha carretera y la ausencia de arcén invitaban a no despistarse del asfalto, pero por momentos daban ganas de asomarse a cualquiera de los

precipicios que acompañaban el camino. Atravesaron la población con extremo cuidado de no dañar el vehículo, ya que las cuestas y estrecheces obligaban a tener pericia conduciendo, hasta que dieron con la casa, prácticamente al final.

Apagó el motor, bajó del automóvil, se acercó al alojamiento rural y llamó al timbre. Nadie contestó. Decidió asomarse a una de las ventanas, pero tampoco encontró ninguna señal de vida. El interior estaba apagado. Entonces se dio la vuelta, con la intención de coger el móvil que había dejado apoyado en el salpicadero, cuando vio alucinado cómo el coche arrancaba. Rápidamente se fijó para distinguir qué pasaba y pudo adivinar a alguien en el asiento del piloto: un tipo calvo, alto, con la piel muy clara. El desconcierto aceleró su paso hacia el vehículo. No sirvió de mucho, ya que el coche se movió echando marcha atrás con brusquedad. Raúl gritó inútilmente para que se detuviera. En pocos segundos ese tipo se llevó a su familia calle arriba. Había conseguido ver a su mujer por la ventanilla, aporreando el cristal, devorada por el pánico. Esa imagen se había quedado inyectada en su retina, igual que un tatuaje que ya no sirve y del que no es fácil desprenderse. No sabía a dónde había ido el coche ni por qué le habían arrebatado a su familia.

Empezó a correr la cuesta que había hecho el vehículo hasta que llegó a la plaza, el punto neurálgico de donde salían las diferentes calles del pueblo. Allí se paró. Cogió aire. Miró en todas direcciones. Ante sus ojos solo tenía un pilón de dos caños de donde brotaba abundante agua, frío y soledad. Quería gritar, aunque no sabía para qué. Ese pueblo parecía deshabitado. No tenía teléfono

ni cartera. ¡Todo lo había dejado en el coche! Siguió corriendo en dirección a la salida del pueblo.

De repente, descubrió una luz en un edificio que había en una parte más elevada a la que se accedía por unas escaleras de cemento. Llegó a las escaleras corriendo y se agarró a la barandilla metálica como si su vida dependiera de ello, dando más impulso a sus pasos. Abrió la puerta de entrada a toda velocidad. El interior era rectangular, con unas mesas desperdigadas y una barra de bar al fondo. Al espacio lo acompañaban dos personas: el camarero, un tipo alto, rubio y con el pelo rizado, y un cliente, que apoyaba sus brazos en la barra, muy moreno de piel, también alto y con un semblante alborozado, con apariencia de haberse pasado con el número carajillos de la mañana.

—Gracias a Dios que me encuentro a alguien —soltó Raúl con la respiración entrecortada.

El tipo de la barra miró hacia él con parsimonia, igual que si despertara de un letargo calculado.

—Buenos días —contestó el camarero acompañado de una sonrisa alargada—. ¿Qué hace por aquí? Parece apurado.

—Iba a la casa rural de abajo —expuso atropelladamente Raúl— y, cuando he salido del coche para llamar a la puerta, alguien se lo ha llevado, ¡con mi mujer y mi hija dentro! —gritaba cada vez más alto, siendo por momentos más consciente del drama que estaba viviendo—. ¡Tienen que ayudarme! ¡No sé dónde pueden estar y no tengo un teléfono para avisar a la Policía!

—Está bien. En primer lugar, tranquilícese —dijo el camarero—. ¿Cómo se llama?

—Mi nombre es Raúl Coloma —alargó el brazo para saludar al camarero.

—Yo me llamo Nacho y él es Darío —señaló al hombre contento de la barra—. Que yo sepa, ahora mismo somos los únicos habitantes del pueblo. ¿Quién dice que se ha llevado su coche y por qué?

Raúl estiró su espalda, respiró y, con aire renovado, expuso:

—Vale. No sé quién ha sido ni por qué. Por ese motivo necesito uno de sus teléfonos, para llamar a la Policía y que me ayuden a buscarlas.

El tipo de la barra bajó de su taburete, sonrió y, con un rictus burlón, explicó:

—No las va a encontrar.

—¿Cómo dice? —preguntó Raúl extrañado.

—Que no las va a encontrar —insistió Darío, pareciendo cansado de explicarlo—. Ha habido un par de secuestros por la zona. En los pueblos de alrededor. Dicen que es un tipo que se lleva a mujeres, las viola, y luego las mutila. Nadie sabe quién es.

—No puede ser... —gimoteó Raúl, llevándose las manos a la cara.

—A mí se me acaba de estropear el teléfono —aportó el camarero—. Se lo estaba contando justo ahora a Darío. Lo siento, no le va a servir de nada que se lo deje.

—Y yo no tengo cobertura —comentó Darío, enseñando su móvil sin una sola raya—. En este pueblo solamente se coge señal de una compañía de teléfono. Y no es la mía.

—¿Pero qué clase de lugar es este? —se preguntó atónito Raúl.

—Está usted en el pueblo más alto de España, a 1648 metros sobre el nivel del mar —informó Darío con una mueca orgullosa.

—En realidad, no es el más alto de España —corrigió el camarero—, sino uno de los más altos. Lo midieron unos tipos hace un tiempo.

—¡Y qué más da eso! —exclamó Raúl, a la vez que se alejaba de la barra y caminaba entre aspavientos—. No, no, no, no, esto no puede ser cierto. Es una broma. Sí, eso es. Es una broma de mi mujer. Estáis compinchados con ella. Me quiere hacer sufrir debido a que no quería venir a este pueblo. Ya me parecía extraño que le tocara en un sorteo el alojamiento gratis en esa casa rural.

—¿Qué está diciendo? —le recriminó Nacho—. Creo que está delirando, amigo. Acérquese y cuéntenos exactamente qué ha pasado, para que podamos ayudarlo.

En ese instante Raúl fue consciente de la dimensión de su problema. Y después de explicar a los desconocidos cómo habían sido cada uno de sus pasos desde que había llegado a ese pueblo, el camarero y el borracho le animaron a que primero se serenara y después se tomara un trago. Aceptó, a pesar de que no le apetecía tomar nada. La necesidad de agradar a esos individuos era más fuerte que ninguna otra circunstancia.

—Ahora podemos estudiar cómo actuar —sonrió Nacho, mientras Raúl se terminaba la bebida que le habían preparado.

—Lo mejor es que vayamos en dirección al siguiente pueblo —aportó Darío—. En lo alto de la carretera ya tengo cobertura.

Raúl apoyó el vaso vacío en la barra y animó con sus brazos:

—Entonces, ¿qué hacemos aquí? ¡Vamos para allá!

—Voy, voy —le espetó el borracho, mientras bajaba con parsimonia de su taburete.

Raúl insistió en que se diera prisa, cuando sintió un fuerte pellizco en el estómago seguido de un zumbido en los oídos. De pronto, el mundo empezó a dar miles de vueltas hasta que perdió la consciencia.

Mientras despertaba, Raúl pudo saborear un fuerte amargor en la boca. Olía fatal y le dolían la cabeza, la espalda, las muñecas... Era parecido a despertar de un sueño muy profundo después un largo periodo con el Dios Morfeo. No recordaba nada.

Poco a poco, abrió los ojos y la luz le dio de forma violenta en la cara. Se echó hacia atrás hasta que se golpeó la cabeza con un objeto muy duro. Eso le terminó de espabilar. Ahí fue consciente de su situación. No podía creer lo que veía. En algún momento se había vomitado encima. Estaba sentado, maniatado por una cuerda, con los brazos a la espalda, los cuales rodeaban una gran piedra rectangular que salía del suelo, similar a un menhir. Había otras tres piedras más, igual a la que estaba atado, dispuestas en las cuatro esquinas de un rectángulo imaginario. Las cuatro formaban un potro para el ganado vacuno, lo que en su día serviría para poner los herrajes en las vacas de labranza, típico de esas tierras de ganaderos y de sus tareas agrícolas. A su espalda tenía una de las paredes de la iglesia. En la medida que pudo girarse, hizo un recorrido visual a su alrededor. Entonces lo vio. A su derecha había un individuo atado a otra de las piedras. Estaba consciente, pero parecía

moribundo. Tenía magulladuras a lo largo del cuerpo, la camisa y el pantalón rotos, y un par de heridas por la cara. Parecía que no hubiera dormido durante días, o peor aún, que hubiera sufrido un dolor espantoso.

—Buenas. Soy Raúl.

—Sabino —dijo su compañero de cautiverio con dificultad para hablar.

—¿Qué te ha pasado?

—Esos tipos —contestó Sabino—, ellos me hicieron esto. Me secuestraron, me golpearon, se llevaron a mi familia. Y ahora me tienen aquí retenido, igual que a ti.

—¿A qué tipos te refieres? —preguntó Raúl, empezando a recordar toda la escena que le había llevado hasta allí (el robo del coche, su búsqueda desesperada por encontrar a alguien y el encuentro al final con dos personas en el edificio que hacía de bar del pueblo).

—Ellos, ¡los del bar! Los mismos que te cogieron a ti. Vi cómo te traían inconsciente y te ataban a mi lado.

—¿Cuánto tiempo hace que me trajeron? —volvió a preguntar Raúl, terminando de recomponer en su cabeza todas las piezas del puzle.

—Unas tres horas. Yo llevo aquí más de un día.

—No lo entiendo. ¿Qué pretenden esos desalmados? ¿Qué quieren? ¿Dinero? ¿O son un sádicos?

—No lo sé. Únicamente me dijeron que yo era un pecador y que tenía que pagar por mis pecados. Si reconocía mis faltas del

pasado, mi final sería más sencillo, si no, a mí y a mi familia nos tocaría sufrir de manera espantosa, hasta que decidieran matarnos.

Raúl empezó a sollozar de manera desconsolada y a menear su cuerpo adelante a atrás, tratando de zafarse de las cuerdas que le retenían.

—¡Por Dioooooos! —empezó a gritar—. ¡Ayuda! ¡Ayudaaaa!

—¿Qué haces? —preguntó boquiabierto su compañero—. ¡Cállate! Solo vas a conseguir que vengan más cabreados. Y te aseguro que no querrás ver a esa gente cabreada.

—Algo tendremos que hacer, ¿no? Además de esperar a que nos maten.

—Esa no es una buena idea. Te lo aseguro.

—Está bien. Por suerte tengo cierta habilidad...

—¿A qué te refieres?

—Con las cuerdas. La magia es una de mis aficiones. Creo que podré desatarme. Solo necesito un poco de tiempo.

—Ni se te ocurra. ¿No me has escuchado? Si te pillan, te matarán a ti y a tu familia, haciéndoos sufrir de la manera más espantosa.

—Y si no hago nada, nos mataran igualmente —dijo mientras manipulaba y forcejeaba—. Perdona, yo prefiero arriesgarme.

—Luego no digas que no te he avisado. ¿Por qué crees que tengo este aspecto? Te aseguro que no salí así de casa... Intenté escapar y fue mucho peor. Me cogieron y me golpearon día y noche hasta que se cansaron. Sin embargo, no se conformaron con eso. Trajeron a mi hija delante de mí para que no se me volviera a ocurrir escapar, le dieron una paliza, la violaron y me hicieron suplicarles de rodillas que no la mataran.

—Pero está viva, ¿no? —cuestionó Raúl desencajado, sin dejar de retorcer sus muñecas en busca de una salida a esas cuerdas opresoras. Quizá con más celeridad aún al ver de qué eran capaces los delincuentes.

—Sí, aunque gracias a esa ocurrencia, mi pequeña tuvo que sufrir la peor experiencia de su vida. Todo por mi culpa.

—¡Eh! Solamente hay unos culpables de esta situación. Y creo que ninguno de ellos está aquí atado a una piedra.

Raúl terminó de zafarse, comprobó el estado de sus muñecas, estiró su espalda, se incorporó del suelo y se dispuso a moverse.

—¿A dónde vas? —le preguntó Sabino.

—A recuperar a mi mujer y mi hija —explicó convencido—. Si tú no quieres luchar por ellas es asunto tuyo. Yo no voy a esperar aquí a que otros decidan por mí cuál va a ser el futuro de mi familia.

Raúl se dio la vuelta. No sabía hacia dónde tirar. Tenía claro que esos tipos no andarían muy lejos. Y por extensión, su familia tampoco. Su instinto le sugirió que debía ir a buscar un arma: una piedra, un cristal, un hierro... Empezó a rebuscar entre la maleza que lindaba con la pared de piedra de una casa baja. De pronto, alguien le placó con su cuerpo.

Era... ¡Sabino! No podía creérselo. ¿Cómo se había soltado? ¿Y por qué se comportaba así? No tenía sentido. Raúl no entendía nada de lo que estaba pasando. Las ideas se atolondraban en su cabeza en un baile desquiciado y cruel, mientras su improvisado oponente le sujetaba con fuerza los brazos e impedía que se levantara desde su posición elevada.

—¡Estate quieto! —exigió Sabino—. Eres un terco. Tenías que intentar escapar. No podías hacer caso. Ahora será más complicado para ti y tu familia. Te lo he avisado.

—¿Pero qué estás diciendo? —preguntó Raúl desde el suelo.

Sabino levantó la mirada hacia la iglesia y empezó a gritar:

—¡Chicos! ¡Se ha soltado! ¡Venid, necesito ayuda!

Al instante, llegaron corriendo los dos individuos del bar. Entre los tres cogieron a Raúl y le dieron un par de patadas en el torso para que no se moviera. La mirada de Raúl era de terror, estaba claro que ese tal Sabino le había engañado, que estaba con los secuestradores, seguramente para vigilarlo, y de coartada había fingido estar secuestrado también. Ahora venía el final. Solo esperaba que pasara deprisa. Quería llorar, quería rezar y que no fuera verdad lo que le habían contado. Le obsesionaba que esos energúmenos tocaran a su mujer o a su hija. Se conformaba con que eso no ocurriera. Aceptaba todo lo demás. Era su única súplica.

—¿Qué pensabas que conseguirías al intentar huir? —le preguntó Sabino—. No tienes escapatoria. En este pueblo nada más que estamos nosotros. ¿Querías buscar ayuda? No van a escucharte. Aunque subieras al campanario de la iglesia y repicaras las campanas con fuerza nadie vendría a salvaros.

—¡Sois unos cobardes! —ladró Raúl desafiante, consumido por la rabia—. Soltadme y veréis si puedo o no salvarme...

Sabino se dio la vuelta, visiblemente enfadado. Se metió al soportal de la iglesia y abrió una puerta de madera que había en uno de los laterales.

—¿A dónde va? —preguntó Nacho, mientras se escuchaba el sonido de Sabino subiendo las escaleras que daban acceso al campanario.

Un ruido estremecedor vino de arriba. Era Sabino, afanado en tocar campanas, con la mirada de alguien que ha perdido totalmente el raciocinio.

—¡Vale ya! —le increpó Nacho—. Creo que se ha dado cuenta de que está jodido.

El estruendo del campanario terminó. Al instante apareció el tipo calvo del coche que venía caminando desde el horizonte. Traía agarradas por cada uno de sus brazos a la mujer y la hija de Raúl. Las dos tenían los ojos vendados y una mordaza en la boca. El secuestrador las guiaba a la vez que ellas avanzaban temblorosas, sin siquiera susurrar un lamento, como si se entregaran a su trágico destino. Esa imagen congeló sus esperanzas. Era el final, para él y los suyos. Y no podía hacer nada para cambiar ese panorama.

—Está bien. Gracias por traerlas, Benja. Sitúalas para que vean y oigan todo bien —comenzó el discurso Nacho—. Es el momento de poner las cartas sobre la mesa. De explicar qué hacemos aquí. Dependiendo de si colaboras o no, va a ser más o menos rápido.

—¡Soltadlas a ellas! ¡Haced conmigo lo que queráis! —gritó desesperado Raúl.

—No. Tu mujer y tu hija son elementos imprescindibles —explicó Darío—. Sin ellas nada de esto tendría sentido.

Darío trajo una cámara con un trípode que apoyó en el suelo. Enfocó con el objetivo la cara del secuestrado y dijo:

—Esto ya está listo. Raúl, ¿sabes lo que es una película *snuff*?

—Perfecto —dijo Sabino—. Entonces, encendamos la cámara y comienza el espectáculo... ¡ACCIÓN!

HISTORIA 2

La coartada de los cobardes

Raúl caminaba apurado. Llegaba tarde a la clase de Teoría de la Comunicación una vez más. En el último año, su vida se había convertido en una carrera sin descanso. Parecía que el mundo tuviera prisa por brindarle al completo sus posibilidades, que no tuviera sentido esperar para vivirlo todo. Dado que ese año, el 2000, en unos meses, se había casado de manera exprés, había empezado la universidad, se había mudado de casa y, por si eso fuera poco, había nacido Belén, su hija, cuando él todavía era un joven de dieciocho años que se veía en el tiempo de disfrutar de los placeres adolescentes. No podía negar que aquellos acontecimientos le habían superado.

Su vida era la herencia de haber dejado embarazada a la novia del instituto sin haberlo planeado. Ninguna de las dos familias iba a permitir que ese bebé creciera en el seno de un hogar desestructurado sin hacer las cosas como se debía. Y, en un tiempo récord, los padres habían montado el dispositivo para casarlos y que tuvieran una casa en el barrio madrileño de Moncloa, donde poder comenzar. El dinero no iba a ser un problema, ya que sus progenitores tenían el suficiente para tapar una innecesaria vergüenza ante sus semejantes. Y no había espacio para nada más, ya todo estaba dirigido: cuál sería su futuro laboral, dónde viviría, con quién y a quién debería respetar y querer el resto de su vida.

Antes de eso, Raúl era una persona entusiasta, que se divertía con sus aficiones y amistades. Le gustaba mucho hacer trucos de magia, principalmente los de escapismo, que se le daban francamente bien. Acostumbraba a hacer espectáculos con conocidos, e incluso aspiraba, aunque fuera algo que confesara a pocas personas, a convertirse en un gran mago en el futuro y poder hacer galas por el globo terráqueo. A sus padres no les hacía ninguna gracia ese proyecto y empujaban lo que podían para que el niño se centrara en estudiar una carrera y fuera una persona de provecho.

En cuanto Nuria, su novia, se quedó embarazada, todo saltó por los aires. Y a pesar de que él lo hubiera solucionado de otra manera, la moral y las ideas de ella hicieron que un día les contaran a los padres, entre lágrimas y vergüenza, el problema que les venía encima. La onda expansiva de esa decisión era su día a día, un lugar donde no había escapatoria ni sitio donde esconderse.

Salió de la boca de metro de Ciudad Universitaria y caminó a paso ligero. Su facultad no estaba lejos. Un poco de viento a favor no le venía mal. Estudiaba periodismo en la Universidad Complutense de Madrid. Dentro de las posibilidades que podía manejar, aspiraba a ser periodista deportivo, una decisión con la que podía contentar a su entorno y que tampoco chirriaba en exceso con sus gustos.

En la calle se notaba que el verano se resistía a despedirse. Los tirantes y las minifaldas seguían siendo frecuentes entre la vestimenta de las mujeres. En eso iba pensando Raúl mientras atravesaba la pasarela de árboles ornamentales que acompañaban su recorrido. Enseguida tuvo en frente un edificio diferente a los que se

podían ver por el campus. Era gris, alargado, no excesivamente alto: la facultad de Ciencias de la Información. Miró la fachada principal y le vino a la memoria la historia que decía que en el pasado la construcción había sido una cárcel de mujeres. No sabía hasta qué punto era una leyenda urbana, y la verdad es que ni siquiera quería saber si era cierto o no; le hacía gracia pensar que había sido así.

Al entrar en la facultad se tropezó con Víctor, que había decidido no entrar en clase, a pesar de que el profesor de Teoría de la Comunicación llevaba más de diez minutos con su exposición. Víctor era su amigo de toda la vida. Estudiaba la misma carrera que él, y le estaba esperando. Siempre hacía lo mismo. Parecía que no era capaz de hacer nada si Raúl no le acompañaba, o si no le daba su permiso. Caminaron juntos por el *hall* principal, bajaron las escaleras y enseguida se adentraron en uno de los angostos pasillos del edificio. Todo estaba vacío. Se notaba que estaban en medio del horario de clases.

—Joder, ¡qué tétrico es esto! —dijo Raúl mirando el horizonte del pasillo vacío que tenía delante.

—Sin gente es aún peor —asintió Víctor replicando el gesto de su acompañante.

—Cuando lo veo así no puedo evitar acordarme de la película.

—¿La de *Tesis*? —preguntó Víctor.

—Claro. ¿Cuál va a ser? Lo hemos hablado cientos de veces. Se rodó aquí, en este edificio. Y la verdad es que no pudieron elegir mejor escenario para hacerlo. Parece que de un momento a otro va a abrirse una puerta y va a salir un psicópata.

—¿Cómo eran? ¿Películas *snuff*?

—Sí. Las preferidas de los amantes de la casquería.

—Pero son un montaje, ¿verdad? Quiero decir, en realidad no torturan ni matan a la gente, ¿no?

—¿Cómo que no? Esa es la gracia. Son absolutamente reales. Secuestran a determinadas personas, las torturan, las matan y lo graban todo. ¿Quieres ver una para comprobarlo?

—¿Tú tienes una de esas películas?

—No, aunque podemos hacer una nosotros —bromeó Raúl—. Hay un par de tíos de clase que no soporto.

—Deja de vacilarme —soltó Víctor dando un empujón cómplice a su amigo—. Siempre estás igual.

—Ahora en serio. Conozco a alguien que puede pasarme. Si quieres un día vamos a tu casa y llevo las cintas.

—Vale, lo que tú digas. Vamos a entrar, anda, que al final nos perderemos toda la clase.

Accedieron al aula. Intentaron ser sigilosos. Se sentaron en las primeras sillas que encontraron, por la parte de atrás, junto a una chica que peleaba por coger apuntes a toda velocidad, sin despegar la cabeza del papel.

—Buenas —trasteó Raúl, con una medio sonrisa, nada más coger su asiento.

—Qué hay —susurró ella, sin apenas levantar la vista de sus papeles.

—Oye —se aventuró Raúl—. Veo que tienes buena caligrafía. Luego nos podrías dejar los apuntes, ¿no?

—¡Shhh! Estamos en clase —contestó ella.

Los dos chicos sonrieron, como si estuvieran en medio de una de sus travesuras preferidas.

—Además —volvió a interrumpir Raúl en voz baja—, luego nos puedes pedir tú lo que quieras a cambio. Y solucionado.

No obtuvo ninguna respuesta de ella. La clase trascurrió una media hora larga sin más interrupciones. Y cuando los dos chicos se dispusieron a recoger para salir, la chica les paró:

—¿Qué hay de nuestro trato?

Ellos se quedaron parados, sin saber cómo reaccionar ni qué decir.

—¿Tenemos un trato? —atinó a decir Víctor con los ojos como platos.

—Vosotros queréis los apuntes completos de hoy, y seguramente de más días. Si no me he fijado mal, no es la primera vez que faltáis o llegáis tarde. Y yo quería pedirlos un favor.

—Genial —dijo Raúl—. Cuéntanos. ¿Qué podemos hacer por ti?

—Tú eres el que acaba de tener una hija, ¿verdad? —preguntó la chica directamente.

—Veo que las noticias vuelan —asintió él atusándose la barbi-lla, buscando un aire interesante.

—Verás. Estoy terminando un curso de fotografía y quería iniciarme haciendo reportajes a recién nacidos —expuso ella—. Necesito pasta. Podría dejaros los apuntes y tú me dejas hacerle unas fotos a tu pequeña. Eso me serviría para tener un pequeño *book* que mostrar de cara a futuros trabajos. Además, te daría algunas copias gratis.

Raúl aceptó al instante. Le pareció un acuerdo en el que únicamente podía ganar. Le dio las señas a la chica, que ya aprovechó para averiguar que se llamaba Cristina, y le dijo cuándo podía ir esa semana por la tarde. Un momento en el que estarían su mujer, el bebé y él. Después, se fueron los dos chicos a la cafetería a desayunar.

Unos días más tarde, Cristina llegaba al número de seis de la calle Hilarión Eslava. La dirección que le había indicado el chico de clase. Eran las seis de la tarde. Estaba nerviosa. No solo porque fuera su primer reportaje fotográfico. Al fin y al cabo se estaba metiendo en una casa desconocida con personas desconocidas. Ella era así, impulsiva, alocada y no le gustaba pensar demasiado lo que hacía. Le parecía una pérdida de tiempo y un engorro innecesario, aunque en ocasiones esa forma de actuar le había traído problemas. Soltó un suspiro liberador y se recriminó tener pensamientos tan negativos.

Llamó al telefonillo y enseguida un timbre le abrió la puerta. Cargaba la mochila de una cámara que había heredado de su abuelo, una Canon que acompañaba con tres objetivos: un gran angular, uno fijo de 50 mm y un teleobjetivo; lo imprescindible para su nueva andadura de fotógrafa.

Cristina subió por el ascensor hasta uno de los pisos más altos, intentando recordar cómo debía hacer el trabajo. Había cotilleado y memorizado varios reportajes de ese estilo. No quería parecer una completa novata. Ya que era una novata, pero si ponía empeño, sabía que podía hacer un trabajo que pareciera profesional. Estaba preparada.

Tocó con los nudillos en la puerta de la casa. Enseguida le abrió Raúl, que la recibió con una pose extraña, vestido con un chándal. Eso la sorprendió. Él nunca vestía con esa prenda, al menos no cuando le había visto por clase. Además, ella le había especificado que él y su esposa debían llevar una vestimenta determinada con tonos claros y no con ropa deportiva.

—Pasa, por favor —la invitó él, haciendo un ademán con el brazo derecho.

—Llego bien de hora, ¿no? —preguntó Cristina mientras pasaba.

—Sí, tranquila.

Ella atravesó el pasillo y llegó a un salón que tenía aspecto de haber sido adornado por algún decorador de gusto y estilo de lo más antiguo: grandes y voluptuosas cortinas, lámparas ostentosas y poco prácticas, muebles enormes y recargados...

—Oye, ¿por qué está tan oscuro? —advirtió Cristina, según miraba lo bajadas que estaban las persianas—. Sabes que la luz es fundamental para la fotografía.

—Oh, bueno. Ahora subimos las persianas. No te preocupes. Cuando empecemos con la sesión.

—Por cierto, ¿dónde están tu mujer y la niña?

—Han tenido que bajar un momento a hacer un recado. Pero enseguida vuelven. ¿Quieres algo de beber mientras?

—No, gracias. Estoy bien.

—Venga, no seas tonta. Relájate un poco. Pareces nerviosa. Si no, las fotos no van a salir bien.

—Ya. Es que... no sé. Esperaba encontrarme a un bebé y unos padres a los que hacer reportaje, y en vez de eso te encuentro solo a ti ofreciéndome una bebida. Ahora mismo estoy un poco descolocada.

—Es tu primer reportaje. Lo entiendo. No tienes por qué preocuparte. Todo va a ir fenomenal.

—Está bien. Tomaré un vaso de agua. Yo me lo sirvo.

Raúl le indicó dónde estaba la cocina. Al llegar, para sorpresa de Cristina, se encontró con Víctor, que la miraba con un gesto retorcido, extraño. Parecía que la estuviera esperando. Ella instintivamente se dio media vuelta y salió corriendo. Sin embargo, enseguida la pararon los brazos de él.

—¿A dónde vas tan deprisa?

—¡Déjame! —gritó ella, apartando de su cuerpo las manos del chico.

—Estás muy tensa. Tienes que relajarte.

—¿Qué le ocurre? —preguntó por detrás Víctor—. ¿No dijiste que sabía a lo que venía?

—Y lo sabe, aunque ahora no quiera reconocerlo —explicó Raúl—. Las mujeres siempre hacen lo mismo.

—¿Qué estáis diciendo? —preguntó Cristina mosqueada, mientras oscilaba con su mirada las caras de sus interlocutores—. Me estáis asustando. ¿Dónde están tu hija y tu mujer?

—Iba a comentártelo ahora. Me acaban de avisar de que al final no pueden venir a lo de las fotos.

—Está bien. Pues si no hay fotografías, me largo.

Ella se dio la vuelta, agarró con fuerza la mochila de la cámara y fue a paso ligero hacia la salida. Raúl la siguió sigilosamente. Cristina se quedó atascada en la puerta de la calle, que estaba cerrada. Él llegó por detrás. En ese momento le arrancó la mochila de la espalda, que tiró al suelo con gran violencia. El sonido de cristales delató la rotura de algún objeto del interior de la bolsa.

—Ya me estoy cansando de este juego—dijo Cristina visiblemente enfadada—. Ábreme la puerta que me largo.

Raúl empezó a besar el cuello de la chica mientras rodeaba su cuerpo. Ella se intentó librar propinando un zarpazo en la cara de él. Víctor era un espectador pasivo, un *voyeur* improvisado y sorprendido ante lo que observaba.

—Déjame. ¿Qué pretendes?

El brazo de él se elevó sobre la cabeza de la chica como una amenaza incipiente. Ella corroboró por qué estaba de verdad allí. El primer golpe se lo llevó en la cara. Le volteó la cabeza y debió romperle alguno de esos huesecillos de la nariz. La violencia de la agresión también la tiró al suelo. A esas alturas, Raúl tenía ya muy poco de persona. El instinto le hizo agarrarla del cabello para levantarla, mientras la fuente de sangre que emanaba del rostro de ella salpicaba las baldosas. Víctor miraba la escena entre perplejo y excitado. Cristina estaba semiinconsciente. La levantaron entre los dos y la llevaron al salón donde la tumbaron en el suelo.

—Hay que limpiar el pasillo antes de nada. Quédate con ella, voy a por unas toallas.

—¿Y qué quieres que haga mientras?

—Solamente tienes que vigilarla. Si se mueve, pégale, pero que no sangre más.

—No pienso golpearla —advirtió Víctor un poco aturdido.

Raúl se dio la vuelta con rabia. Cogió a su compañero del brazo y le espetó:

—Quiero que te quede claro: esto es un asunto de los dos. Los dos estamos implicados. ¿No querías quedarte a solas con la chica? Pues aquí la tienes.

—Yo no voy a golpearla —insistió Víctor.

—Está bien. Sujétala al menos. Iré a por una cuerda, por si acaso. No te preocupes, nos vamos a divertir. Mis chicas no vienen hasta la noche.

Raúl fue a una de las habitaciones. Víctor esperó junto a la joven. Esa tarde Cristina luchó mientras las fuerzas la acompañaron, hasta que no pudo más y se entregó a la voluntad de los dos hombres que se aprovecharon de ella lo que quisieron. Y el mundo se convirtió en un lugar mucho peor.

HISTORIA 3

La respuesta a la crueldad

Víctor bajó del autobús, a las siete y media, igual que todas las mañanas, en la última parada de su recorrido diario. A esa hora no había casi gente y podía ir sentado en el transporte público. No era un viaje muy largo desde su casa, situada en el barrio de La Fortuna del madrileño pueblo de Leganés.

El invierno se estaba despidiendo y ese año, el 2019, las temperaturas eran más agradables de lo normal para esas fechas. A esas alturas, la luz diurna ganaba cada día un poco de terreno a la noche, lo que a él le ponía de buen humor.

Nada más pisar la acera, se encendió un cigarro y fue a apoyarse a la papelera donde lo apuraba tranquilamente todos los días. Aún quedaban bastantes minutos para entrar al trabajo. Como buen esclavo de las rutinas, siempre llegaba un tiempo antes. Se fumaba su Chester, se tomaba un café, o más de uno, en una cafetería que pillaba cerca de la parada del 486, y así arrancaba el día con buen humor. No podía negar que la sonrisa y el escote de la camarera de ese local tuvieran parte de culpa en su conducta, a pesar de que él jamás se atrevería a admitir esa obviedad en público.

Su trabajo estaba a unos pocos minutos a pie de allí, en Logista, o como era conocido por todo el mundo en Leganés, en «La tabacalera». En realidad, su empresa no se encargaba solamente de la distribución de tabaco, pero en la impronta de los lugareños aún pervivían los tiempos en los que la compañía se hizo conocida por

tener una gran cava de tabaco con distribución a los estancos. Él hacía tareas administrativas, un trabajo sencillo, con problemas sencillos, perfecto para su carácter y sus aspiraciones. Quizá no había tenido mucha suerte en ese campo o quizá tampoco la había buscado. En ese momento de su vida lo mismo daba.

Unos años atrás, después de dejar la universidad, con la carrera de periodismo a medias y un montón de dudas sobre su futuro, deambuló por un par de trabajos. Nunca tuvo vocación de nada en particular. Siempre fue alguien más de personas que de tareas o ideales. Hasta que acabó allí. Un lugar bastante soportable que le permitía llevar una existencia tranquila, abrigado a sus costumbres.

Sin embargo, ese día hubo algo que cambió su recorrido. Según estaba terminando el cigarro, vio un objeto debajo de la papelera, en el suelo, era un móvil un poco destartado. Lo recogió y miró a su alrededor en busca de alguien a quien pudiera habersele caído. El horizonte no tenía más que transeúntes adormilados con urgencias por llegar al trabajo o a los colegios y guarderías del pueblo. Nadie apurado con la mirada de haber perdido un objeto tan valioso esos días. Pensó en ir a dejarlo a algún lugar donde pudiera recogerlo la persona que lo hubiera extraviado. Enseguida se dio cuenta de que estaba en la calle, en medio de ningún sitio, y la persona a la que se le hubiera caído seguiría el rastro del camino andado en busca del aparato perdido. Así que, al tener unos minutos antes de entrar en el trabajo, decidió simplemente esperar a que alguien pasara y lo reclamara.

La espera se le debió hacer aburrida ya que, pasados unos minutos, empezó a mirar el teléfono extraviado, como si fuera el suyo.

Le sorprendió que no tuviera ninguna clave de seguridad, ni una serie numérica, ni un cifrado de esos que se desbloquean con el dedo. Aquello alimentó más su curiosidad. ¿Qué clase de persona no pone una clave en su móvil para que no lo cotillee cualquiera? Ojeó los contactos grabados. No había demasiados. Tan solo cuatro. Creyó tener una pista. ¿Sería el teléfono de una persona mayor? Era la explicación más lógica. Miró de nuevo a su alrededor. Ya quedaban menos de quince minutos para tener que fichar en la oficina. Estuvo tentado de dejar el aparato en el mismo sitio donde lo había encontrado y olvidarse del asunto, pero en ese momento se le ocurrió una idea: llamar a uno de los teléfonos que aparecían en la agenda. Sería alguien que conocería al dueño o la dueña del móvil. Y esta persona podría avisar o quedar para entregarle el aparato. Llamó al primero que se le ocurrió. Ese número dio apagado o fuera de cobertura. No tenía mucho tiempo. Pensó entonces en mirar las llamadas. Únicamente había un número de teléfono del que tenía registro. Un móvil que no tenía nombre. Automáticamente marcó ese número. Dio un tono. Su respiración se aceleró. Tenía ganas de solucionar aquello e irse a la oficina. Al tercer sonido alguien contestó:

—Buenos días —una voz femenina y alegre saludó—. ¿Cómo estás?

—Buenos días —balbuceó él—. Verás, me llamo Víctor. Tengo este móvil porque me lo he encontrado tirado en el suelo y he pensado en llamar a alguien de la agenda, viendo que no sé a quién puede pertenecer.

—Oh, vaya. Yo soy Encarni. Gracias por llamar. El teléfono es de mi prima pequeña. Hace unos cuantos días que no sé nada de ella. La verdad es que no me extraña que lo haya perdido. Siempre anda haciendo locuras y tonterías con el móvil. ¿Y dónde estás ahora mismo? Para ir a recogerlo.

—Estoy en Leganés. En la calle Camino de Polvoranca, en una glorieta, junto a la parada del autobús y en frente de un Mercadona. Aunque tengo un poco de prisa. Es mi hora de entrar al trabajo. No sé si puedo esperar a que vengas. ¿Lo dejo en algún sitio o lo envío a alguna dirección?

—No, por favor, aguanta un poco. Sé exactamente dónde te encuentras. Estoy a un minuto de allí. No tardo nada.

—Está bien, espero. Supongo que no pasa nada porque un día entre un poco más tarde.

—Jooo... De veras que te lo agradezco. Eres un encanto. Qué gusto encontrarse con gente así, la verdad. Ahora mismo voy para allá y te planto dos besazos por el detalle.

Víctor colgó con una sonrisa de satisfacción. No había tomado ni un mísero café, pero no le importaba. Solo le quedaba esperar un poco y una chica de lo más simpática le iba a dar dos besazos —como ella había dicho— por ser una buena persona. Una chica, a juzgar por la voz, joven, alegre, tenía pinta de divertida y seguramente sería atractiva... Sí, esas voces únicamente las tenían las mujeres atractivas. Le dio por volver a echar un vistazo al móvil perdido. Al fin y al cabo, una miradita en la galería de imágenes del dispositivo no iba a hacer daño a nadie.

El corazón le dio un vuelco con la primera fotografía: se veía una chica morena, atada por unas cuerdas a una columna de una habitación oscura, con el cuerpo golpeado, amordazada y con heridas que sangraban de sus extremidades y abdomen. Las siguientes imágenes eran aún peor. La misma joven estaba tirada en el suelo, en medio de un charco de sangre. Un tipo calvo, enorme, corpulento, a su lado, la miraba con desprecio y con fascinación en el rostro. Fue pasando foto tras foto y la serie era parecida: el mismo tipo con la locura en el rostro y la chica de la primera imagen medio moribunda o directamente muerta. La cabeza de Víctor empezó a imaginar qué había ocurrido. Seguramente ese tipo había secuestrado a la dueña del teléfono, la había matado y luego lo había fotografiado. Sí, eso era lo que había pasado. Resultaba extraño que ese hombre, habiendo cometido un crimen, primero hiciera fotos con el teléfono de la víctima y luego fuera tan poco cuidadoso como para perder el móvil. No obstante, era una posibilidad. En ese caso, ¿quién era la chica a la que había llamado? ¿Sería de verdad su prima y no sabía qué le había ocurrido, o era alguien que conocía a ese hombre de las fotos? Ese último pensamiento le provocó un escalofrío. Instintivamente, se fue alejando del punto donde estaba, el lugar donde había quedado por teléfono. Y, según lo hacía, volvió a llamar a la prima.

—¡Hola! —contestaron enseguida del otro lado—. Ya estoy llegando.

—De acuerdo, es que tengo un poco de prisa —improvisó él mientras se alejaba cada vez más, desde una perspectiva en la que

veía bien el punto de encuentro—. Dime, para poder reconocerte... ¿Cómo eres, Encarni?

—Morena, con ojos verdes, delgada y... Bueno, ¿cómo eres tú?

—Moreno también. Creo que menos delgado. Llevo unos vaqueros azules y una camisa blanca.

—Oye, te veo en unos segundos. Voy a aparcar el coche y no tengo manos libres. Te cuelgo, que así no me apaño.

—Hasta ahora —dijo Víctor, mientras se situaba detrás de unos árboles a esperar.

A los pocos segundos, de nuevo vio algo que no podía creer. El tipo calvo de las fotografías se acercaba al lugar donde había quedado. Tuvo el instinto de salir corriendo, aunque no sabía hacia dónde. Su respiración se había disparado, estaba empapado en sudor y el miedo no le aconsejaba bien. Miró hacia los lados, tratando que su cerebro le diera las instrucciones correctas, que le dijera qué debía hacer. Empezó a correr en dirección a Valdepeñal, una zona de casas bajas que tenía justo a su espalda. Solamente esperaba que no le descubrieran. Su fondo físico no era el mejor. Después de un par de minutos estaba agotado. No había mirado hacia atrás. Solo había corrido con la esperanza de alejarse lo máximo posible de ese individuo. Ya estaba en una zona tranquila. No se veía a nadie por las calles. Se sentía a salvo. Lo malo era que en esos momentos no sabía cómo actuar.

No hizo falta que lo pensara mucho. Otros tomaron esa decisión por él. De repente, alguien lo cogió por detrás. Enseguida le inmovilizaron las manos y con un trapo húmedo taparon su boca y su nariz. El olor dulzón a cloroformo le mareó, aunque no lo

suficiente como para quedar inconsciente. Víctor trató de zafarse, pero los brazos de su oponente eran demasiado grandes y fuertes. Luchó inútilmente contra él todo lo que pudo. De repente, escuchó a su lado los frenos de un vehículo seguido del ruido de una puerta corredera abriéndose. En ese momento, dos personas más ayudaron al que le estaba sujetando. Uno de ellos le colocó una cinta adhesiva alrededor de su cabeza. Era la manera más fácil de asegurarse de que no dejara de sentir el anestésico. El olor a cloroformo cada vez se hacía más intenso. Y también el dolor, no solo en el pecho y las extremidades que apretaban y sujetaban esos bestias; la cabeza parecía que le iba a estallar. Víctor sintió cómo le cargaban entre varios, igual que a una mercancía cualquiera. Sus huesos toparon con un suelo metálico. Indudablemente le habían metido en una furgoneta. Tenía miedo y quería luchar contra él, por contra su voluntad era cada vez más débil. Le sorprendía no haber perdido aún la consciencia. Tenía en la memoria la idea de que esos químicos actuaban al momento, lo había visto en cientos de películas. Por algún motivo, en él no había ocurrido así. Iba pensando esas y otras muchas cosas inconexas, mientras un tipo todavía le sujetaba cada vez con menos empeño y el mundo se iba apagando lentamente.

Cuando despertó, Víctor estaba atado con una cuerda a una silla metálica que se clavaba en su rabadilla y espalda. Aún se encontraba aturdido. Miró con extrañeza el lugar que le mostraban sus ojos: un habitáculo grande, con aspecto de edificio abandonado. Una

pequeña fábrica o algo similar, a juzgar por la dimensión, el desorden y la suciedad que le acompañaban. Estaba solo. En frente de él había una videocámara sujeta por un trípode que le miraba directamente. ¿Qué significaba aquello? ¿Dónde estaba? ¿Qué pretendía esa gente?

No tardó mucho en aparecer el primero de sus captores, el tipo calvo de las fotografías. Llegó desde su izquierda. A ese lado había una puerta, la única que se veía en toda la sala.

—¡Sabino, Nacho, Darío! —gritó el calvo—. El mochuelo ha despertado.

Enseguida llegaron tres hombres más. Altos, musculosos, ataviados con ropa deportiva y sonrisas cómplices en sus rostros. Lo miraron como si fuera la primera vez que se encontraban con un extraño objeto al que admirar. Eso le perturbó aún más.

—Bien, Benja, bien —dijo al que habían llamado Sabino, según se frotaba las manos—. Ya estamos todos. Enciende la cámara.

—¿Qué queréis de mí? ¡Soltadme! —gritó Víctor desesperado.

—Creo que no va a ser posible —expuso de nuevo Sabino, acercándose mucho a la cara del reo, y volvió a decir—: Quédate bien con nuestras caras porque serán las últimas que vas a ver en tu vida.

—¿Pero qué tenéis contra mí? Yo no os he hecho nada. ¡Dejadme ir!

—¡Qué clase de tontería es esa! —exclamó Nacho—. Eres tan culpable de la decadencia de esta sociedad como el que más. El mundo está lleno de pecadores. Gente sucia, desechos de la sociedad. Personas que alteran el orden de los demás. Nosotros nos

encargamos de limpiar esa basura. Tú eres un pecador, que hasta ahora ha campado a sus anchas sin ninguna consecuencia. Eso se ha terminado.

—¡Yo soy un buen hombre! —imploró Víctor—. No me meto con nadie y siempre cumplo con mis obligaciones de ciudadano.

—No hagas igual que tu amigo Raúl Coloma. Él murió de la peor forma posible. El orgullo. El maldito orgullo le impidió ver la situación con perspectiva.

—¿Raúl? ¿A él también lo habéis cogido?

—A él le tocó primero —siguió explicando Nacho—. Lo peor fue lo de su familia. Tú tienes la suerte de estar solo. Los tres murieron de una manera terrible, sufriendo mucho. Innecesariamente. No sé si me entiendes. Al final se arrodilló implorando clemencia. Ya era demasiado tarde.

—Y se cagó encima —apostilló Darío.

—Sí, se cagó de miedo —confirmó Nacho, con un gesto de aprobación en el rostro—. Creo que fue al ver lo que hicimos con su mujer y su hija. Él no quiso confesar sus pecados. Tú aún puedes hacer que sea de otra manera.

—¡Diooooo, esto no puede ser verdad! —se repetía Víctor sin parar, hundiendo la cabeza en el pecho.

—Cuéntanos cuáles son tus pecados —insistió Sabino—. Solamente queremos eso. Si lo haces, todo acabará pronto. Es así de sencillo.

Víctor habló sin miramientos. Hizo hincapié, animado por su audiencia, en ese momento de la universidad en el que engañaron y violaron a esa chica en la casa de Raúl Coloma. Él al principio no

lo sabía. Su amigo lo planeó cuando vio la oportunidad de que los dos se quedaban a solas con ella. Después, fue sencillo amenazarla con que nadie la creería si denunciaba lo ocurrido. La familia de Raúl estaba llena de reputados abogados. Ellos se encargarían de dejarla en ridículo y de demandarla si se le ocurría contar a alguien lo que había pasado allí.

Los captores insistieron en que no se dejara ningún detalle, y lo grabaron todo. A cada suceso relatado, el rostro de los presentes se nublaba de sorpresa y asco, como si revivieran en sus propias carnes los hechos que se iban relatando. Nada más terminar, Sabino apagó la cámara y dio una voz:

—¡Ya podéis entrar!

Dos mujeres morenas, cercanas a los cuarenta, aparecieron en la sala.

—Hola, ¿te acuerdas de mí? —preguntó una de ellas, con la voz tenue, cargada de tristeza—. Soy Cristina. Han pasado muchos años. Tú estás igual.

—Pero... pero... —se atropelló Víctor ante la incompreensión de lo que le mostraban sus ojos.

—Por fin puedo tenerte delante —continuó Cristina—. Gracias a ellos, a mi familia, he reunido el valor. Estuve años atemorizada. Cambió mi carácter. Me convertí en una persona retraída. Ni siquiera podía acercarme a un hombre —su prima Encarni, a su lado, le apretó fuerte la mano—. Hasta que un día pensé que no merecía la pena seguir adelante. Vosotros conseguisteis que me lo creyera. Por suerte, tenía cerca a mis primos. Les conté lo sucedido. Ellos me insistieron en que lo denunciara a pesar de que había pasado

tiempo. Yo temí que no sirviera de nada. En lugar de eso, organizamos un plan para asegurarnos de que pagaríais por lo que hicisteis.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Víctor alucinado.

—Es todo mentira, gilipollas —aportó Sabino—. Eres un tipo con suerte. Nadie va a cortarte los huevos. Aunque sea lo que te mereces.

—Nada más que queríamos asustaros un poco y que confesarais —continuó Benja— para grabarlo.

—¿Qué? ¿Es mentira? —desparramó sus emociones el reo, llorando desconsoladamente.

—Claro, no somos igual que vosotros —apuntó Nacho—. Tu amigo Raúl está en la otra sala. A él le tendimos la trampa junto a su mujer y su hija. Confesó delante de ellas. Ahora saben qué tipo de persona tienen en casa. Además, no todo es mentira: tu amigo se cagó encima de verdad, el muy cerdo.

—¡Sois unos trastornados! —exclamó Víctor—. Pensaba que iba a morir...

—Teníais que sentir el mismo miedo —terminó Cristina—. Ahora pagaréis por ello. La policía está en camino. En breve os encontrarán.

—Con los videos donde reconocéis vuestro delito —añadió Encarni, a su lado.

—Nosotros nos vamos ya —sentenció Sabino—. Por cierto, si tenéis la tentación de hablarle a la policía de vuestra captura, os va a servir de poco. Llevamos años planeando esto, siguiendo vuestro día a día y dándole vueltas a cómo hacerlo. En ese tiempo hemos

aprendido a actuar, a maquillar, a falsificar, hemos estudiado sobre sedantes, nos hemos formado sobre secuestros... Ha sido un trabajo duro. Y, por supuesto, todos aquí tenemos coartada. Ahora mismo estamos en un viaje de familia en una casa rural. Ya están tramitados los *tickets* de gasolina, las reservas de alojamiento y hay un montón de gente dispuesta a declarar, si es necesario, que ahora mismo estamos con ellos.

Recogieron la cámara y se fueron. La calle estaba desierta. A esa hora todo el mundo se encontraba en los diferentes trabajos que se desperdigaban por el polígono industrial. La familia montó en la furgoneta y desapareció. Las sirenas de la policía daban musicalidad a la escena. La justicia estaba servida.

AGRADECIMIENTOS

A los jefes de mi casa, María y Bruno, vosotros convertís todo lo difícil en posible.

A mis padres, hermana, primos y tíos de la familia Herrero. Vuestros valores me ayudaron en el camino, vuestro cariño hizo que tuviera sentido.

SOBRE EL AUTOR

Mi nombre es Víctor Herrero. Soy un gran amante de la literatura y el cine. Desde 2016 he escrito varios relatos cortos y microrrelatos. Algunos de ellos han sido seleccionados o premiados en distintos certámenes literarios. En 2018 publiqué mi primera novela titulada *El plan de Luzbel*, una historia negra de género policíaco. Con *Tres historias violentas* me adentro aún más en el mundo del thriller. Si te ha gustado puedes dejar tu reseña en Amazon o tus redes sociales. Y si quieres saber más sobre mi o sobre mis próximos títulos puedes pasarte por la web:

www.victor.herrero.net